

lo primero que vino a la atención del indígena; luego el arte; luego las habilidades y oficios útiles.

La visibilidad de los asuntos simbólicos nativos varió, por tanto, de manera inversa a la magnitud y el poder de suspensión del intruso. Invasores poderosos y numerosos pueden imponer su religión de golpe sobre un pueblo rezagado y conquistado, cuya propia tradición religiosa en ese momento se retira. El arte es la expresión simbólica que acompaña a este desplazamiento. Es probable que la necesidad utilitaria y práctica gobernara la última secuencia de adopciones, rechazos y desplazamientos. Para el primer hombre en América, y para todas las principales regiones en la vida precolombina, no tenemos evidencia de que ningún invasor del Viejo Mundo, distinto al conquistador, fuera lo suficientemente numeroso para imponer su religión hasta lograr la exclusión de su conocimiento útil.

## El regreso de un monarca maquiavélico en obra\*

Simon Schama

¿SE TRATA TAN SÓLO de mi imaginación o percibo una leve sonrisa de demorada satisfacción (demorada por medio milenio) en torno al cráneo de mandíbula prominente de Ricardo III? Porque cuando se trató de volver a enterrar a alguien él fue todo un rigorista en lo que se refiere a hacer bien las cosas. En 1476, siendo duque de Gloucester y comendador del reino, hizo que a su papá, Ricardo duque de York, asesinado en la batalla de Wakefield dieciséis años antes, se le llevara en un solemne *cortége* desde Pontefract hasta el castillo de



\* Este artículo apareció originalmente en el diario *The Financial Times*, 9 y 10 de febrero de 2013. Traducción de Antonio Saborit.

*Lo cierto es que Ricardo no fue ni el Anticristo ni la figura modélica.*

Fotheringhay para volverlo a sepultar, en donde ofreció una alegre comilitona para quince mil personas.

Nueve años después, siendo ya un atormentado rey, Ricardo regresó al mismo tema, en esta ocasión para enterrar de nuevo en la capilla de San Jorge, Windsor, los restos del pobre, piadoso y loco rival yorkista, Enrique VI —en cuyo fin la mano de Ricardo pudo haber tenido que ver—, en donde aún yace, con mayor lucimiento que en un estacionamiento de Leicester. He aquí un gesto de la aviesa política: un intento, si bien optimista, de llegar a los marginados lancasterianos. Pero cualquiera que fuera el nivel en el que quedó Ricardo en el estacionamiento, se sabe que disfruta la actual disputa entre Leicester y York por el privilegio de enterrar sus restos.

¿Nos habríamos emocionado tanto si los restos hubieran sido, digamos, los de Jorge II, quien a fin de cuentas fue otro (de hecho, el último) rey que encabezó a sus tropas en una batalla? A mí me parece que no. Y esto es porque, por mucho que sus simpatizantes, los llamados White Boars, se nieguen a admitirlo, sus demonizadores son quienes han hecho que Ricardo destaque de tal manera en nuestra atrofiada memoria. De Tomás Moro (cuya inconclusa *Historia* es la primera gran novela histórica en inglés) a los cronistas Hall y Holinshed y, desde luego, Shakespeare, quien le dio su forma torcida (¿acaso lo debiéramos llamar hoy Swayback?), Ricardo asumió la estatura de un Anticristo.

La versión de Shakespeare, que está en deuda con todo lo anterior, con las fábulas sobre su brazo tullido, se monta con tanta frecuencia que resulta fácil olvidar el *tour de force* que representa la pieza. Desde el momento en el que el deforme cínico aparece en la tercera parte de *Enrique VI*, nace una oscura estrella: la plantilla para Yago y Edmundo. Es precisamente porque el salvaje Ricardo se burla de “esta palabra amor que los viejos llaman divina” que el hombre que confía en esto de que “yo soy nada más yo mismo” es tan irresistiblemente seductor.

Los ricardianos, divididos entre su encaprichamiento y su misión vindicativa, lo han corregido al exceso, transformándolo en un modelo muy traducido de fiel gobernanza, piedad personal (a decir verdad escribió plegarias para sí mismo de un fervor ligeramente desquiciado y tuvo una aversión neuróticamente desagradable hacia las mujeres que por decisión de él habían “caído”) y compasión hacia el pobre.

Lo cierto es que Ricardo no fue ni el Anticristo ni la figura modélica. No fue sino un maquiavélico promedio en formación. *El príncipe* se escribió veintisiete años después de la muerte de Ricardo en el campo de Bosworth, pero su receta para el éxito describió a Ricardo a un T. Quiquiera; escribió

Maquiavelo: “que en su recién adquirido principado considere necesario protegerse de sus enemigos” debe “hacerse amar y temer por su pueblo, ser seguido y reverenciado por sus soldados, deshacerse de aquellos que puedan o quisieran hacerle daño, renovar instituciones antiguas con nuevas, ser a la vez severo y amable, magnánimo y generoso, eliminar a las tropas desleales y crear nuevas”.

Bueno, por poco. En las partes que tienen que ver con el miedo y con eso de eliminar Ricardo fue un maestro consumado; la magnanimidad se le daba con más dificultad, aunque fue ferozmente fiel a los amigos y aliados que hizo durante los doce años que gobernó el norte desde York. Fue a los nortehños quienes a fin de cuentas buscó para que lo apoyaran en contra de los que se rebelaron por su usurpación, pero al final no fueron suficientes.

La maña en el cálculo temor-amor es que hay que ser muy exactos, y cuando su hermano mayor Eduardo IV murió de pronto a los cuarenta años en abril de 1483, dejando a un heredero de doce años de edad, Ricardo se vio con la maravilla de un momento maquiavélico. ¿Debía permitir que el reino volviera al caos o debía darle el bofetón de su firme mando?

Ricardo tenía ocho años de edad cuando falleció su luego llorado padre sin lograr recibir la corona de manos de Enrique VI, tan sólo bajo el pretexto de que no estaba hecho para gobernar. York sólo trató de hacer lo que el abuelo de Enrique, Bolingbroke, le hizo a Ricardo II. Y así se soltó la sed de sangre de los magnates, un desfile de odios tribales y vendettas que arrojaron sangre por las tierras medias inglesas en el último encontronazo de batallas feudales. Y resultó que el pequeño Ricardo salió bastante bueno para golpear y rasgar en el fragor de la lucha, luchando junto a Eduardo en las batallas de Barnet y Tewkesbury.

El dilema de Ricardo era tramposo. Una parte de él era la figura retorcida ávida de ser el auténtico caballero *sans peur et sans reproche*, aunque no era evidentemente el *San Jorge* de Donatello. Pero su otra mitad (al igual que su hermano) era ejemplo de la nueva gobernanza: la mayordomía profesionalizada, burocratizada, de estados e impuestos, por no hablar del gerente y manipulador de reputaciones que habría de emerger con fuerza aterradora con los Tudor. Adiós, señores feudales; hola qué tal, ¡ay!, señor Oliver Cromwell.

Pero todas las gracias a los colegios de Cambridge, los legados a los chantres, las atenciones para pescar arreos en el río Ouse terminaban valiendo muy poca cosa si a uno se le pasaba la mano en el asunto relativo a las eliminaciones de la cuestión. Las transgresiones de Ricardo no fueron el sólo invento de la propaganda de los Tudor; en su tiempo llamaron la atención e



incluso hicieron que los antiguos aliados se preguntaran cuándo les tocaría su turno a ellos. La primavera acababa de transformarse en verano en 1483 cuando Ricardo, como “tío-protector” de su sobrino, Eduardo V, salió con que su llorado hermano se había casado ilegítimamente con Elizabeth Woodville y que el nuevo niño-rey era un bastardo. Ya convenientemente en la Torre de Londres, a él y a su hermano menor se les vio jugando en el patio y luego nunca más. Los huesos de los dos menores se encontraron en 1674 bajo una escalera que llevaba a la Torre Blanca. ¡Alguien reunió a los expertos en ADN!

Tal era el gusto de Ricardo por los golpes previsoros que, si usted era del partido de la Reina Madre o incluso no la veía mal, cuando se asistía a una junta de concejo no se tenía idea de si volvería a salir –salvo por la vía más corta hacia la losa del destazadero.

De modo que, ¿por qué en nuestro tiempo, en que la monarquía tiene que ser tan bien portada (o hace lo mejor por serlo) no nos hemos de embelesar con Ricardo, quien fue tan seductoramente perverso? Y ahora podemos leer la historia de su fin escrita en sus huesos aún más gráficamente de lo que podían lograr las crónicas. Pues en Bosworth, Ricardo hizo la cosa más valerosa: al ver que la jornada se perdía, tomó la columna de su “batalla principal” y atacó al ejército de los Tudor, tratando de abrirse paso a golpes para matar a Enrique Tudor, su desafío lancasteriano y primo distante.

Casi lo logra, aun cuando el terreno resbaloso lo hizo perder su montura y de algún modo se le zafó el círculo dorado que llevaba sobre la cabeza. Cayó el portaestandarte de Enrique; cayó con un estruendo de armaduras medievales *sir* John Cheyne; sólo entonces el rey percibió a los soldados de capa escarlata de *sir* William Stanley, que debían ser sus refuerzos. Sus últimas palabras nada tuvieron que ver con caballos sino que fueron, con insinceridad cómica: “¡Traición! ¡Traición!” La alabarda le partió la cabeza y ahí acabó todo.

No del todo. Todo un torcido cumplido fue el que Enrique Tudor exhibiera durante dos días en Greyfriars –un monasterio de Leicester al que siglos después se pavimentó para crear un estacionamiento público– su cadáver semidesnudo, la parte baja cubierta por “un pobre trapo negro”. Ahora tenemos la confirmación física de las mutilaciones que se le infligieron al cuerpo, incluido un golpe bajo en la nalga derecha, aunque la mayor de las indignidades pudo haber sido que botaran de su ataúd al exiguo Enrique de diez libras (quien se volvió famoso por nunca arrojar dinero bueno al malo). De manera que lo menos que alguien puede hacer por el rey que amamos odiar y odiamos amar es darle la comilona de un nuevo entierro. ¡Un funeral! ¡Un funeral! Mi reino por un funeral.

